

moción por los cuentos absurdos de un chiquillo! Y saboreaba ya de antemano lo que el suceso divertiría al Regente, tan amigo de alegrarse, y que tan pocas ocasiones de ello tenía. Sin embargo, no por eso amonestó menos severamente al chiquillo, creyendo, como su abuela, que no debía animarle en aquel camino.

—¡Que no vuelva á oír hablar de ti en mi vida, bribonzuelo, ó lo mejor que te sucederá será recibir una mano de azotes que te pongan morado el cuerpo! En cuanto á vos, señora, os aconsejo que os trasladéis de barrio, si no queréis tener disgustos con los vecinos.

El sargento que fué testigo de la furia y conmoción de aquellas mujeres por una mentira tan necia reservaba todas sus simpatías para el autor de la fábula y conservaba la seriedad por pura disciplina.

Al día siguiente la Berrichón y su nieto se fueron con madame de Nevers, como estaba convenido. Nadie se metió ya con ellos, pues las comadres, á pesar de su asombro al saber su libertad, ignoraban que fueron víctimas de una farsa, y no lo averiguaron hasta algunos meses después.

Por supuesto, Juan María se guardó muy bien de volver á pasar por la calle del Chartre, temiendo, con gran fundamento, las cari-

cias de las cacerolas, tenazas y escobas de las comadres burladas.

## VI

**Berrichón quiere una espada.**

Durante la permanencia de la duquesa viuda de Nevers en Bayona la Berrichón y su nieto permanecieron en París, sin otra ocupación, Juan María, que vagar por calles y plazas.

Verdadera gaceta ambulante, solía estar mejor informado de los sucesos de la capital que el mismo teniente de la policía. Mirando y curioseando por todas partes, sin preocuparse de la temperatura ni del tiempo, dirigíase con frecuencia hacia el barrio de las Escuelas, parándose al menor incidente y enterándose de todo. Nadie como él para poner orden en una confusión de carruajes ni para hacer cualquier encargo urgente en cualquier punto de París.

Como había renunciado á las burlas en vista del mal éxito de la última que dió á las comadres de la calle del Chartre, amable y complaciente se había creado amigos en todas partes.

Con tal que no le exigieran un trabajo regular, podía pedirsele cualquier cosa. Pero tenía en mucho su libertad personal, y no quería

comprometerla por nadie, como no fuese por la *señorita Aurora*. Por eso cuando su abuela le instaba á que aprendiese un oficio, se reía.

—¿Para qué?— contestaba— Ya sobrará tiempo de pensar en ello cuando vuelvan el jiboso y la señorita. Ahora estoy en vacaciones, mamá Francisca. Y en verdad que no sé de qué te quejas, cuando no hago mal á nadie.

—¡No faltaría más sino que lo hicieras!

—Pues, entonces...

—Cuando un zancarrón como tú tiene manos al cabo de los brazos, debe servirse de ellas en vez de vagar como perro sin dueño.

—Ya me serviré de las manos, abuela; pero á su tiempo. Por lo pronto no tienen qué hacer.

Argumentos tan contundentes y demostrativos de la fuería de inercia que invadía á Juan María acabaron por triunfar de los sermones de la buena mujer, que se resignó á verle pasear todo el santo día.

Sin embargo, en cuanto Lagardère regresó el chiquillo tuvo palabra: no puso el pie en la calle, y Aurora no tuvo paje más adicto. Re-creábase recordando con él los días tristes de la calle del Chartre, y aumentaba su dicha pasando revista á la época de la adversidad. Juan María no dejó de contarle el suceso de las comadres, y hasta el mismo Conde se rió.

—¡Este chiquillo tiene buena madera!—dijo Enrique.—¡Veremos de hacerle alguien!

Un punto negro quedaba en aquella reunión de personas para Francisca y su nieto. Ambos habían guardado muy mal recuerdo de Cocardasse y Passepoil. Cuando los cuatro se hallaron frente á frente se miraron con malos ojos.

—¿Qué venís á hacer aquí vosotros?—preguntó Francisca poniéndose en jarras.—¿No podríais ir á otra parte que á casa de las personas honradas?

—¡Mal pecado! ¿Queréis decirme, buena mujer, dónde hemos tenido el gusto de vernos antes de ahora?

—Yo lo recuerdo—observó Passepoil.—En la calle del Chartre, el día del baile del Regente.

—¡Voto á bríos! ¡Ahora recuerdo! ¡La vieja que liamos como un salchichón de Maguncia!

—Os felicito, estimable dama: os defendisteis como un hombre, y...

—¡Insolente!—interrumpió la mujer, furiosa al oírse llamar vieja, insulto que no logró borrar lo de *estimable dama*.

—Presentémosle nuestras excusas, Cocardasse.

—Presentáselas tú si quieres: yo no me

metí con ella, sino con el chiquillo, y no presento excusas á mocosos.

—¡Guardáoslas!—gritó Juan María.—Tanto me importa de ellas como del polvo de las suelas de mis zapatos. Ahora no os tengo miedo.—Y empinándose, añadió:—¡Venid, venid ahora á maniatarme, si os atrevéis!

—¡Por los clavos de Cristo!—dijo el gascón complacido.—¡Chócala, pequeño! ¡Eres un gallito que promete! Ahora nadie te atará si eres bueno.

Por fin se hicieron las paces en tales términos, que Juan María se convirtió en inseparable de los dos diestros. Como Cocardasse no creía que ningún hombre fuerte de dieciséis años debiera tener otra aspiración que llegar á ser maestro de esgrima, examinándole un día **murmuró:**

—Tienes el brazo largo, pichón: necesitas esgrimir una espada. ¿Á ver las piernas? ¡Bueno! ¡Los hombros cuadrados; el pecho algo flaco! ¡No importa! Á botonazos se ensancha, ¡Ah, caramba! ¡La punta de los pies hacia adentro! ¡Hay que corregir eso! ¿No te gustaría, pequeño, que te enseñásemos el noble arte de la esgrima?

—No me atrevía á pedirlos. Entonces, ¿también yo podré llevar espada al cinto?

—¡Paciencia, hijo; ya llegará el caso! Pero,

¡sangre de Cristo!, cuando Cocardasse y Passepoil te hayan enseñado á manejar los hierros como lo enseñaban en la Academia de la calle de la Cruz del Petits-Champs, á dos pasos del Louvre, podrás mofarte del Universo entero.

—¡Oh! ¡Ya sé que los dos sois valientes!

—Los que te lo han dicho no han mentido. Si todos los que hemos tendido en tierra se juntaran por los extremos, se formaría un rosario que hace tiempo podría haber dado la vuelta entera á París.

Berrichón le miraba admirado. El gascón, sacando con cierto respeto su espada, prosiguió:

—¿Ves esta hoja? ¡Ha tocado más pechos que pelos tienes en la cabeza! ¡Nunca falló un golpe, sangre de Cristo!

—¿Nunca?

—¡Nunca!

—Pero está muy roñosa.

—¡Mal pecado! ¿Á esto llamas tú roña?—exclamó escandalizado Cocardasse—¡Es sangre!

—¿Sangre?

—¿Qué quieres? ¡Esta loca de Petronila no puede estar en paz! Por poco que molesten á su señor y dueño, salta de la vaina; y cuando salta, toca; y cuando toca, mata.

—¿Muchas veces?

—¡Siempre!

—¡No es posible!

—¡Ah, renegado!—aulló el maestro furioso.—¡Duda de vos, mi querida Petronila!

Juan María dió un salto de costado, porque el gascón levantó la diestra armada preguntándole dónde prefería que le hiriese, y para calmarle, dijo:

—¿Nunca os han herido?

—¡Bah! ¡Niñerías! Algunos ojales sin importancia en el jubón. Cuando uno es maestro sabe detener los hierros contrarios en el preciso momento en que van á tocarle la piel.

—¡Diablo! ¿Y cómo?

—Hasta ahora no sé más que de un medio: matar en el acto al adversario. ¡Ya lo aprenderás pronto, chiquillo!

—En seguida, si queréis, señor Cocardasse. Vuestro discípulo os honrará.

—¡Así lo creo, gallito! Pero necesitarás algunos años y mucha práctica para poder llegar á ser de nuestra fuerza. Cuando llegues á esa altura, acuérdate de que hay alguien que es más fuerte que nosotros.

—¡Uno solo!—concretó Passepoil saliendo al fin de su mutismo.

—¡Ah! ¿Y quién?

—Lagardère—declararon á la vez los dos amigos.—Hallarse frente á su espada, es encontrarse en el umbral de la muerte.

Desde aquel día Berrichon se ejercitó en el manejo de la espada con ardor tal, que se olvidaba de comer y de beber.

No iba á tardar mucho en poder defenderse contra esgrimadores ordinarios. Por lo pronto tenía un aspecto absolutamente distinto. Aunque no había ganado en aplomo intelectual ni en seso, andaba más gallardamente y con expresión de audacia y altivez desconocidas en él. Á la señora Francisca no le satisfacía aquello.

—Prefería que fueras cualquier cosa mejor que espadachín: sin embargo, vale más esto que ser vago.

—Ya no salgo de casa, ni saldré hasta que...

Detúvose repentinamente, y la buena mujer adivinó que pensaba una enormidad y no se atrevía á soltarla.

—¿Hasta que?

—¡Oh; si fueras muy buena, muy buena, mamá Franciscal...

—¿Qué haría?

—Algo que no me atrevo á decirte ni me atrevo á pedir á la señorita.

—Alguna barbaridad será.

—No es barbaridad, abuela.

—¡Entonces, habla, borricol!

—Habría que decírselo al señor Conde.

—¿Y por qué no se lo dices?

—Porque á mí me lo negaría.

—¿Y á mi no? ¡Buena; basta de majaderías, y ayúdame á limpiar las legumbres!

Juan María hizo un gesto desdeñoso, y tiró la ristra de cebollas que su abuela le entregó.

—¡Cuando uno tiene el honor de manejar una espada, no se rebaja á hacer tan mezquinos menesteres!

—¿Qué?—exclamó la anciana estupefacta. —Pues bien, pequeño; yo tengo el honor de manejar una escoba, y te daré con el mango en las costillas si antes de un cuarto de hora no has pelado esas cebollas.

Lo hubiera hecho como lo decía si Juan María no hubiera juzgado prudente prescindir de su dignidad y parlamentar.

—Toma y daca, mamá Francisca. Yo haré lo que me mandas, y tú harás mi comisión. Si no, no toco las cebollas.

—Pero, ¡maldecido de cocer! ¿qué quieres que diga al señor Conde?

—Que el señor de Lagardère me admita entre las gentes de su casa y me autorice á llevar espada al cinto.

Lo dijo precipitadamente, sin tomar aliento, para que no flaquease su ánimo: no estaba muy seguro de recibir por toda respuesta un buen soplamocos. Francisca saltó.

—¡Una espada á tí! ¡Á un muñeco que no

tiene pelo de barba! ¡Buena uso harías de ella, condenado!

—Haré noble uso—rectificó el adolescente.

—¡Cómo! ¿Te atreverías á salir con un charrasco para que te cogiese de nuevo la policía? ¡Si me vas á quitar la vida! ¡Una espada á tí! ¡Tanto montaría que me la diesen á mí, imbécil!

La buena mujer montó en cólera: cogió la escoba y las cebollas, y con amenazas y coacciones obligó á pelar las cebollas, al bravo Berrichon, al futuro maestro de armas. El misero se sometió. Todos sus sueños de gloria disipábanse con el vapor humeante de las cacerolas; vertía lágrimas de despecho que, felizmente para su dignidad, podía cargar en la cuenta de las cebollas.

Inútil es añadir que no se jactó de la aventura ante sus maestros, y cuando más tuvo la idea de rogar á Passepoil que intercediera con su abuela. Pero cuando se atrevió á pedirselo el normando sonrió y repuso:

—Tu idea, pequeño, no es del todo mala; pero hay que tener paciencia. Ya nos ocuparemos en eso cuando tengas bigote.

Rechazado así y no queriendo cejar, ocurriósele recurrir á la señorita Aurora.

—Si se burla también de mí—pensaba,—

me dirigiré directamente al señor Conde. Vale más entenderse con el buen Dios que con sus santos. ¡Y ya se verá si Berrichón es capaz de llevar espada!

Desgraciadamente para él, sobrevino la marcha repentina de Lagardère cuando se disponía á hablar, y tuvo que aplazar sus hermosos proyectos. Para sustraerse á las faenas ordinarias, en cuanto daba sus lecciones de esgrima salía á vagar por las calles armado de un bastón con el cual hacía molinetes como si fuera una hoja de acero.

## VII

**Almendras dulces.**

Desde el día siguiente al en que partió Lagardère escoltando á la hija del Regente un perillán muy mal vestido acudió á instalarse frente al palacio de Nevers varias veces por mañana y tarde, pasando grandes ratos ante la casa como si vigilara quiénes entraban y salían.

Tal debía de ser su misión verdadera, pues no quitaba ojo de la puerta y se fijaba mucho

en los que salían y entraban, examinando con atención puerta y ventanas. Pero como este manejo pudiera ser sospechoso sin un pretexto, el hombre tenía uno. Colgaba de su cuello una gran banasta llena de almendras. Era, pues, al parecer, un vendedor ambulante, si bien su comercio debía de producirle muy poco á juzgar por los andrajos que le cubrían. Podía uno sorprenderse de que, dadas su estatura y corpulencia, no buscase ocupación más lucrativa; pero para ello tenía también respuesta, pues podía invocar una herida grave, de resultas de la cual cojeaba bastante cuando alguien le miraba, aunque cuando no le veían no cojease.

Pregonando su mercancía recorría todo el barrio, é iba á sentarse en su lugar predilecto para reposar; frente al palacio de Nevers. Allí se quedaba á veces horas enteras, contentándose con lanzar su grito cada vez que se acercaba un transeunte. Así transcurrieron varios días, y el buen hombre hubiese podido continuar tal manejo toda su vida, si Cocardasse, que observó aquellas continuas estaciones, no las hubiera creído sospechosas.

—¡Cuernos de Satanás! ¡Hay por ahí muchos postes tan altos y tan duros como ése! ¿No te parece, Passepoil?

—Decididamente, prefiere ése á los otros: sus razones tendrá.